

INFORME SOBRE LA EXPERIENCIA DEL COVID-19: CASA GENERALICIA EN ROMA

En Italia el primer caso de Coronavirus fue confirmado a finales de enero. A principios de marzo impactó en todo el país, especialmente en el norte, y en pocos días Italia se convirtió en el epicentro de la pandemia Covid-19 en Europa. El 11 de marzo, cuando comenzó el peor período, las autoridades civiles italianas impusieron un confinamiento nacional que duró hasta el 3 de junio. Durante este período no se permitió a la gente dejar sus casas excepto para necesidades esenciales.

El mundo se detuvo, y nosotros también nos quedamos en casa. Algunos dicen que no debería ser muy difícil para nosotros los monjes permanecer en casa, ya que estamos acostumbrados a vivir dentro de una clausura. Pero vivir el carisma de la vocación monástica no es lo mismo que esconderse en un refugio. Lo que la crisis actual exige, más bien, es un espíritu de colaboración para el bien de todos, algo que se traduce principalmente en seguir las directrices de las autoridades civiles y eclesiásticas. Lo que se espera de nosotros es una obediencia concreta, una caridad encarnada.

En general, hemos vivido pacíficamente durante el período de confinamiento. Realizamos nuestras tareas diarias, y la vida cotidiana continuó en su flujo normal. Como comunidad tomamos algunas medidas preventivas: más distancia entre nosotros en el coro; división en pequeños grupos para lavar los platos; reglas para la recepción de visitantes. También, al final de las Vísperas, comenzamos a recitar juntos la oración del Papa Francisco a "Nuestra Señora Salvación del Pueblo Romano", para implorar el fin de la pandemia y como gesto de comunión con los que sufren.

Por un lado, nos sentimos privilegiados de poder celebrar en común la Misa diaria y la Liturgia de las Horas, y de tener una casa espaciosa con un jardín en el que pasear. Esto ha fomentado el conocernos mejor a nosotros mismos y el descubrir la bondad de Dios en las pequeñas cosas cotidianas. Al mismo tiempo, sin embargo, somos conscientes de compartir el sufrimiento del mundo, la pérdida de seres queridos y la angustia de los desempleados. Era triste escuchar cada día las noticias sobre la creciente tasa de infecciones y muertes, y ver el miedo, la soledad y la angustia de tanta gente. Así, nuestros monasterios también se han visto afectados por la pandemia de una manera u otra. Estamos en comunión con todos los hermanos y hermanas de la Orden en su angustia y preocupación.

Algunas comunidades han dicho: "Ahora estamos viviendo una verdadera vida monástica (soledad, recogimiento...) y centrándonos en lo esencial". Pero esta observación nos ha hecho preguntarnos aquí en la Casa: "Entonces, ¿qué vivíamos antes de la pandemia?" Tal vez hacer tal pregunta es ya para nosotros un fruto de esta grave emergencia mundial. La pandemia nos ha dado la posibilidad de ser más conscientes de nuestra perenne fragilidad y necesidad del Creador.

A pesar de todos los increíbles avances tecnológicos que hemos hecho, a pesar del legítimo orgullo que podemos tener por haber logrado tanto, el impacto general de esta crisis ha sido, sin embargo, una sensación de impotencia y humillación. Tal vez a veces hemos estado tentados de pensar que habíamos logrado el control de nuestro mundo, pero ahora podemos ver claramente que esto no es cierto. La pandemia ha aplastado el orgullo humano. Todos nuestros viajes y proyectos, incluso el Capítulo General, han sido cancelados, y con ello todos nuestros planes para el futuro han cambiado. Por ejemplo, el Abad General debe continuar en su función aquí en Roma hasta que el próximo Capítulo pueda finalmente reunirse, y lo mismo se aplica a algunos Consejeros que esperaban terminar su servicio este otoño.

Estamos viviendo claramente un momento crucial en la historia de la humanidad y el Padre nos llama a la conversión del corazón y a la renovación de la calidad de nuestra vida. La crisis nos desafía a dar un nuevo impulso a nuestra vocación de oración. Se nos ofrece la oportunidad de redescubrir los valores humanos básicos, de entrar en una solidaridad más estrecha con nuestros hermanos y hermanas, y de vivir lo que es verdaderamente esencial, confiando plenamente en Dios. En otras palabras, debemos convertirnos en verdaderos testigos de Cristo en el mundo.